VERÓNICA CASTRO

LA ASESINA DE SAN AGUSTÍN



Áurea Ediciones

PRÓLOGO

Un mal presagio clavaba sus garras en el viejo carabinero.

Cuando descendió del auto policial, un extraño aire cálido rodeó toda la ancestral bodega y, a través de las rendijas de su gran puerta, se fugaba una luz amarilla tintineante.

—Señor —dijo un joven alto y delgado, recién egresado de la escuela.

El experimentado oficial intentó advertirle que el pueblo nombrado San Agustín, no era el campo tranquilo que esperaba.

—Vamos —fue la única palabra que salió del adulto. La mente del mayor estaba repleta de un conocimiento que no todos los oídos podían soportar.

El joven carabinero dio un salto al ver que un gato gris mantenía su mirada de alerta en el galpón, "en espera de un roedor", supuso el joven. El viejo hombre era consciente de la advertencia que raspaba como lija en su nuca y en sus manos, que se deslizaban sobre su arma de servicio. Entonces dio la orden al nuevo, puso sus dedos en el borde de la puerta de lata y empujó con brusquedad. En una maniobra

automática, el mayor ingresó sacando su arma y apuntando en busca de cualquier mínima amenaza.

La imagen que encontró fue un impacto tan certero como las balas letales de su armamento. La sangre manchaba el suelo, los fardos del rincón, los sacos de papas de guarda y paredes oxidadas. Uno, dos, tres, cuatro y cinco.

En total cinco cadáveres de jóvenes a quienes su vida había sido brutalmente apagada. Era otra clásica escena de crimen que sus cansados ojos asimilaron sin emoción, pero el carabinero con olor de ropa nueva abandonó la bodega para expulsar el pan con palta y el café que había ingerido una hora antes.

Mientras el joven se esforzaba por normalizar la horripilante escena en su cabeza, el hombre se percató de un detalle que paralizó hasta el aire que ingresaba a sus pulmones.

En medio de toda la masacre se encontraba una muchacha, con su mirada alzada y el cabello desordenado mezclado con tierra y paja. Unas gotas de sudor recorrían su frente y se mezclaban con la sangre salpicada en su cuerpo. Sus manos pequeñas, carentes de delicadeza y gracia, dejaron en evidencia el arma mortal.

La muchacha giró la cabeza con lentitud, y el carabinero se encontró con un par de ojos convertidos en pozos negros sin alma ni remordimiento por sus acciones.

Frente al hombre mayor que creyó haberlo visto todo, supo que ella es la personificación del mal.

"No es una muchacha, es una asesina", pensó el viejo.

—Será una noche larga. —Fue el único pensamiento razonable al que llegó el oficial.

—Lo es para quienes encontramos refugio en el silencio y la oscuridad —dijo pensativa la asesina, que observó sus manos ensangrentadas.

1. DON PANCHO

—Oliver Rojas, baja de las nubes —Benjamín Bernales agitó su mano frente a mi rostro.

Me seguía impresionando que no le incomodaran mis actitudes fuera de la norma. Lo malo es que me en mi nueva escuela me habían tachado de raro, lo que ocasionaba constantes burlas, pero todo mejoró cuando el joven frente a mí me consideró su amigo.

—Lo siento —dije al encontrar mi voz.

—Descuida. —Quitó importancia con un movimiento de su mano—. Las clases terminaron por hoy. ¿Vamos donde Don Pancho por unas papas fritas?

Sonreí, o al menos intenté una sonrisa (alzar un poco mis labios de cada extremo sin enseñar los dientes).

—Suena perfecto.

La primera vez que oí el nombre, pensé que se trataba de algún traficante de drogas, pero resultó ser el dueño de un local de comida rápida con el nombre Al paso, aunque todos los habitantes del pueblo solo lo llamaban Don Pan-

cho, por el apodo del dueño.

El local sirve una gran variedad de platos y bebidas, es lo más parecido a las cadenas de comida rápida que están repartidas por toda la ciudad. Es un lugar donde los jóvenes y la familia se reúnen cuando quieren cambiar de ambiente y disfrutar de una grata conversación.

Benjamín me trajo la primera vez que nos conocimos. En realidad, él ha sido quien me ha arrastrado de un sitio a otro en este pueblo, nombrado San Agustín. Es hermoso, tranquilo, rodeado de cerros, viñas, extensas plantaciones agrícolas y, lo mejor, no tiene tantos habitantes y todos se conocen hace décadas. Lo único malo es que, cuando eres el recién llegado, te conviertes en la noticia que viaja de boca en boca.

Con ayuda de mi compañero he logrado ponerme al corriente, empezando por las dueñas de casas que adoran el chisme. Aprendes con rapidez a reconocer la diferencia entre las palabras reales y las absurdas mentiras. Gracias a Benjamín, me entero de las ridiculeces que se dicen, y la verdad oculta en los chismes.

Mi inesperado amigo es el típico alumno que todo el mundo conoce y por el que las chicas de la escuela suplican por convertirse en sus novias. Es un deportista nato, pasa los recreos del colegio jugando fútbol con sus amigos de diferentes cursos. Su físico es lo opuesto al mío: musculoso, con cabello corto, castaño claro, bien peinado y ojos verdes oscuros. Siempre viste a la moda e impecable. Lo describo como el color blanco cuando los rayos del sol impactan directo, tan puro y brillante que, aunque duelan los ojos, quieres seguir mirando. En el otro extremo me encuentro yo, un flaco sin gracia, de cabello crespo rebelde cayendo sobre mis gafas, y con la vestimenta una talla más grande.

Me comparo con la ropa negra desgastada por el sol.

Durante el trayecto al centro, que consiste en una larga calle donde se disponen todos los negocios y supermercados, Benjamín fue retenido por habitantes que lo saludaban y le preguntaban cómo se encontraba. Mientras él era absorbido por la multitud, yo mantuve la distancia, hasta que algo atrajo mi atención.

Por la calle del frente, en la vereda, una niña de unos diez años, delgada y de cabello corto hasta sus hombros, salió de una de las librerías con un cuaderno de dibujo en sus brazos. Una falda larga con muchos vuelos de un suave azul se aferraba a su delgada cintura y caía hasta cubrir sus zapatillas negras. Un suéter rosado de cuello ancho se deslizaba de su hombro, revelando, alrededor de su garganta, una venda blanca.

Ella debió sentir que era observada, porque alzó su mirada y sus ojos tan oscuros como la noche me impactaron. Parecía haber sufrido un terrible accidente, porque al costado de su cara, desde su mejilla hasta su frente, perdiéndose en su cabello, un feo moretón y costras arruinaban su piel pálida.

¡Guau! El ladrido provenía de sus pies, donde un cachorro negro empujó a la niña incitándola a irse. Se giró en la cuadra y se perdió al interior de la parte habitada del pueblo.

—Conociste a Liliana.

Descubrí a Benjamín, recorriendo mi cara, curioso.

—¿Liliana?

—Un grupo de forasteros la secuestraron y cayeron por un barranco cuando trataron de escapar por los caminos del cerro, los hombres fallecieron, pero Liliana logró sobrevivir.